

Heraldo de Aragón

23/03/2017



Un incendio invisible. Sara Mesa
Editorial Anagrama. Barcelona, 2017.
238 páginas. (Foto de Jonathan Blanco).

NOVELA / RICARDO LLADOSA

La distopía de Sara Mesa

En la breve nota a esta nueva edición de 'Un incendio invisible' (premio Málaga de novela 2011), Sara Mesa incluye interesantes reflexiones literarias que, de no subrayarse, podrían pasar inadvertidas. Afirma que cada novela es una estampa fija e inamovible en el tiempo y en la vida de un escritor. Sin embargo, resulta posible introducir cambios en el texto, sin alterar la esencia de lo escrito, fruto de una reflexión lectora. La autora afirma que «la degradación y la excentricidad de la ciudad de Vado—donde transcurre la obra— y de las criaturas que la habitan han de emanar de una raíz de normalidad». Las palabras de la autora pueden asociarse a su trayectoria. Sara Mesa publicó su primera novela, 'El trepanador de cerebros' en la entonces aragonesa editorial Tropo, cuyos editores, Óscar Sipán y Mario de los Santos, publicaron el libro con una bella portada de Óscar Sanmartín. 'El trepanador' era brillante, pero sus criaturas resultaban en exceso esperpénticas y eso las alejaba del lector. El humor de la autora era quevedesco. Y aunque no he leído la primera versión de 'Un incendio invisible', todo apunta a que esta segunda novela seguía la línea de la primera.

Ahora, en cambio, con la pequeña cirugía explicada al inicio, 'Un incendio invisible' ya no es quevedesca sino cervantina. Mesa humaniza a sus criaturas y practica una sátira cuya culminación alcanzará en 'Cicatriz' (Anagrama, 2015). El humor no nace tanto de la comicidad de las situaciones como de unos personajes atrapados en un mundo absurdo y fuera de su control.

El enclave es la apócrifa Vado, ciudad de grandes edificios, centros comerciales, rascacielos que se degradan y despueblan por momentos. El relato se centra en el geriátrico New Life, a donde llega el doctor Tejada. Moran en el asilo personajes hilarantes como La Clueca, anciana a quien Dios se aparece en el plato de la sopa. O Catalino Fernández, enfermero que ante los recortes de personal se dedica a la jardinería, dejando botellas de licor vacías en los macizos florales.

La novela se debate entre la decadencia de la urbe y la decadencia de sus habitantes. La primera se desmorona e incendia; los segundos emigran o se envilecen. Tal como reza el título, todo ocurre de modo invisible, en una sociedad distópica que se va desdibujando ante nuestros ojos. Por la fecha en que se publicó la novela—2011, lo más crudo de la crisis económica—, 'Un incendio invisible' parece una alegoría de aquella.

Pero Sara Mesa sabe sumir esta circunstancia en el misterio para no caer en la fácil denuncia social y consigue un relato fruto solamente de la imaginación. Si en 'El trepanador' eran las obras las causantes del caos, ahora el caos lo producen el abandono y la decadencia de esas obras que se extienden cual enfermedad, de modo subrepticio pero inexorable.